

Pared Norte del Eiger

(CONCLUSIÓN)

Pero cuando ataco, oigo un silbido, me lanzo dos metros a la izquierda del eje del couloir, una avalancha llega de lo alto y me ahoga con su fino polvo de nieve.

Una ligera calma, luego otra avalancha me absorbe en su nube. Después una enorme llega pesadamente: me aplasta la espalda, se amontona contra la cabeza, me hiela los pulmones y se desliza imperturbable. Aplastándome contra la roca vertical, aferrándome a ella, he evitado ser arrastrado.

Entre dos avalanchas, me alcanza Magnone. Paúl se queda junto a la clavija sólida para asegurarnos. Pero ahora los aludes se deslizan a un ritmo acelerado. Jamás, ni siquiera en el Annapurna, me había encontrado ante un espectáculo semejante. Primeramente llega un silbido potente que nos sacude, luego nos vemos cogidos por olas de nieve en polvo, por fin toneladas de masa blanca nos inunda. Somos como insectos, retenidos por los dedos crispados sobre presas redondas y heladas.

Guido y yo podríamos descender entre dos aludes para alcanzar a Habran, Leroux y Bruneau, pasando luego por la derecha, pero esto nos exigiría mucho tiempo y ya es tarde: dentro de una hora será de noche. Entonces, llamamos a los austriacos y alemanes. No los vemos. Están ocultos por un abombamiento, pero sabemos que están veinte metros más arriba, a nuestra derecha. A causa del estruendo de los aludes y del viento, no conseguimos entendernos bien. Por fin, han comprendido: llega una cuerda, pero es preciso ir a buscarla al otro lado del "couloir". Y después, subir. Pienso que los alemanes y austriacos me podrían ayudar un poco, pero con este ruido, sin verse, es imposible. Cubierta de hielo como los hilos eléctricos lo están por un caucho aislante, no es ya una cuerda, sino un cable rígido. Imposible darle una vuelta alrededor de mi mano. ¿Conseguiré trepar veinte metros con la sola fuerza de las muñecas, sin el menor respiro, a lo largo de la pared lisa, para evitar el fondo del couloir donde se deslizan las avalanchas?

Un largo rato, vacilo. Luego, tranquilamente, me decido. Tengo miedo, pero debo ir.

Ahora ya no hay remedio. Apenas finalizada una avalancha, empuño la cuerda helada y me elevo muy rápidamente. No soltaré, estoy seguro; pero es preciso trepar muy aprisa, pues no se puede sostener mucho tiempo en esta posición. Todo mi ser no es sino una tensión un poco desesperada y sin embargo lúcida, para sostener mis dedos a lo largo de esta barra helada y terriblemente resbaladiza. Mi cuerpo entero está pendido de estos dedos que se fatigan y la voluntad se acaba cuando los músculos se niegan a obedecer. Pero trepar a lo largo de una cuerda seca de dos centímetros de diámetro, no es fácil, incluso con buen tiempo. Aquí, no se trata de una cuerda, sino de un hilo de hielo y hace dos días que trepamos sin descanso. Por debajo de mí, en el couloir los aludes se suceden sin interrupción.

Llego al relevo donde están Jochler y Sepp Maag. Les he dado las gracias y

con una sonrisa me han dado unas palmadas amistosas en la espalda. Otto, que estaba algunos metros más abajo, nos ha alcanzado, en tanto que Jochler sube hacia Buhl.

Ahora, rápidamente, hacemos venir a Magnone, Habran, Leroux y Bruneau. Les aseguramos fuertemente, casi les arrastramos, porque ya sé demasiado lo que tienen que pasar. Nuestra cuerda de nylon permanece flexible y esto facilita nuestras maniobras. Uno a uno van llegando, contentos de ser extraídos de estos pozos de miseria. Y cuando todo el equipo está reunido, reina de nuevo el buen humor. Ahora hay que preparar el vivac. Continúa nevando.

Los austriacos se instalan un largo de cuerda más arriba. Los dos jóvenes alemanes, agotados hasta el límite, quedan con nosotros y nuestro relativo confort de buenas ropas, aunque mojadas. No tienen ningún material de vivac, ningún vestido aparte de sus camisas ligeras, su anorak de tela, un chaleco corto y otra prenda que ayer le di a Sepp. Y desde ayer tarde no han comido nada. Todos estamos helados; hace ya demasiado tiempo que la nieve, fundida al contacto de la piel, corre a lo largo de nuestra espalda y brazos. Salidos con el proyecto de no vivaquear más que una vez, nuestras provisiones comienzan a escasear. Los siete, con las piernas colgando o apoyadas en estribos de cuerda helada, nos sentamos sobre miserables rellanos: estratos gastados, redondeados, inclinados hacia el abismo, suspendidos por casualidad a la colosal pared. El uno, el superior es relativamente grande: 30 a 40 cms. de ancho, 1,50 m. de largo; llegamos a caber cinco: Jean Bruneau en el extremo a derecha, los dos alemanes entre él y yo, y a mi izquierda Pierre Leroux ha conseguido instalarse. Sobre el pequeño rellano de abajo, Paul Habran y Guido Magnone están apretados uno contra otro, sus espaldas contra nuestras piernas.

Para quedar sostenidos en caso de que alguno resbalase o se dunniera, nos hemos atado a varias clavijas como una cabra a un árbol. Nos cubrimos con la pequeña tela impermeable que Guido ha tenido la buena idea de traer: fijada a los pitones y colocada sobre nuestras cabezas hace el papel de un techo. Las avalanchas continúan cayendo en el couloir. En cambio aquí son raras y ligeras, resbalan sobre la tela, pero parte de ellas consiguen meterse entre nuestra espalda y la pared.

De vez en cuando, el viento del oeste trae una ráfaga de nieve en polvo que se infiltra por todas partes: en el cuello, a pesar de la capucha, en los bolsillos, en las mangas, entre los vestidos, en los guantes, en el calzado. Nuestro vivac parece una aldea sorprendida por la tempestad.

Sin embargo, a pesar de nuestra inquietud, una pequeña alegría reina entre nosotros: somos numerosos, nos sentimos aún fuertes. Paul y Guido hacen el inventario de nuestras provisiones. Pierrot, con gestos de equilibrista, coloca una gamella de nieve sobre el infiernillo colocado sobre mis rodillas y que sostengo con dificultad. Las cajas de cerillas están mojadas, pero después de muchos fracasos, una pequeña llama se inicia, vacila, hace su agujero a través de tanta humedad y, como una pequeña reina, siembra un poco de alegría entre los hombres. Otto y Sepp están contentos a nuestro lado. Jean, con su voz calmosa y riente, nos anuncia: "La tradición ha sido sobrepasada". Compartimos, como hermanos, algunos bombones, pedazos de azúcar y un poco de agua tibia hecha de nieve fundida.

Hacia las dos de la madrugada, hay un cambio brutal en la atmósfera. La nieve cesa de caer y en revancha el aire se torna glacial. La gran batalla que hasta

hace un momento se libraba sobre nuestras cabezas ha terminado: el viento de oeste se ha debilitado, el del norte ha ganado: rechaza las nubes, las aplasta contra el valle, reintegra las estrellas a su puesto en el cielo, pero también trae un frío mordiente sobre la tierra. Mañana hará bueno, pero por ahora, cada golpe de viento es un golpe de hacha; con un ruido de disparo, choca contra la pared, agitando nuestro campamento de porcelana. Temblamos violentamente, la vestimenta mojada se pone rígida, los pies se hielan, todo se torna duro, el frío corta nuestros cuerpos acurrucados y somnolientos. Las avalanchas espaciadas que caen todavía son dispersadas en polvo por el viento glacial que nos trae esperanza pero nos gasta lentamente. La pared, toda blanca, es casi luminosa en la noche. ¡Es preciso no dormirse! Pues si se duerme, no se lucha. Y si no se lucha, se puede dormir definitivamente. ¡Cuánto tarda en llegar este día tan esperado! Son las horas más duras. Muertos de fatiga, es preciso velar, como en la grieta bajo la cumbre del Annapurna. Y la noche es eterna.

Sin embargo habiendo decidido no dormir para no morir, llega un momento en que vemos nacer un paisaje blanco de silencio y de luz. Es el tercer día. El Eigerwand, montaña de piedra negra, se ha convertido en montaña de nieve immaculada. El sol queda aún oculto tras la arista de Mitteleggi, pero el hecho de que esté allí nos conforta. El frío es muy vivo. Unos 10 grados bajo cero. La pared está lívida pero no sin belleza. La mala noche de inacción ha pasado, la escalada va a reanudarse. Mañana en nuestro desayuno tendremos tostadas y café con leche.

Aún más hoy que otros días, me gustaría trazar mi camino en este mundo extraño, difícil, por el que experimento simpatía: el mundo de las cimas y de los elementos. Pero veinte metros sobre nosotros, los austriacos se preparan a escalar el resalte que nos domina. Previendo que la lucha será dura, nos piden clavijas. Aseguran a Sepp que les sube todo lo que tenemos. Luego Hermann Buhl ataca. En seguida se encuentra sobre un terreno muy difícil; bajo la nieve, la roca está recubierta de un "verglass" duro y espeso que la tapiza uniformemente. Los pies patinan, las manos resbalan, las fisuras están tapadas, las presas niveladas, las clavijas entran mal, el martillo rebota, suena a hueco, se fatiga, estría apenas el espeso verglass; todo el cuerpo resbala, queda colgado de un pitón, se recupera, se iza, la respiración anhelante y un momento detenida; el martillo deja libre una presa, hace caer un trozo de nieve que recubría una placa, limpia otra presa, el pie mete una punta del crampón en el "verglass", los dedos liberan una fisura de su hielo y colocan aún otra clavija. Buhl gana cincuenta centímetros, un metro; sus pies resbalan aún una vez, pero los pitones se sostienen. El frío es terrible, el cielo está claro, los dedos insensibles, los pies helados, los músculos tiesos, la máquina anquilosada, los vestidos parecen una armadura, la cuerda es una barra de hierro. Pero el corazón y la voluntad velan, incorruptibles. Buhl avanza lentamente y con maravillosa tenacidad consigue franquear el resalte. Jochler le alcanza y continúa de primero. Los alemanes siguen y a mi vez sigo para adelante. Cada cual se agarra a la cuerda para ir más rápido. Un espolón rocoso destacado de la pared, como una proa de navío, permite un buen relevo durante algunos instantes. Vista de aquí, la pared es fantástica. Pierrot y Jean están aún en el vivac: frágil nido perdido en esta extensión de nieve. ¿Cómo hemos podido pasar una noche siete individuos en este miserable rellano, donde los dos que quedan parecen no poder desenvolverse? Esto nos da confianza para lo que queda; después de lo pasado, nada puede detenernos.

Un rappel pendular nos deposita en un couloir, pero está orientado al sol y la nieve recalentada se hunde; arrastrando piedras las avalanchas no son de nieve en polvo sino húmeda y pesada. En la travesía Guido pierde un crampón; en el couloir, un piolet se escapa de las manos de un alemán. A cada largo de cuerda, una clavija asegura a los escaladores.

Progresamos lentamente, pero poco a poco la pendiente se vuelve, menos empinada y vamos más aprisa. Es preciso poner mucha atención en este couloir peligroso. Una piedra hiere a Guido en el labio; Paul le asegura eficazmente. Por fin estamos sobre la pendiente terminal; la parte baja está cubierta de nieve, la alta de hielo vivo. Con ardor y placer tallo pequeños escalones para el pie izquierdo de Guido desprovisto de crampón. Esto nos retrasa un poco, pero no importa. Los alemanes y austriacos han alcanzado ya la cumbre y comenzado el descenso cuando yo llego a la cornisa de la arista de Mittelegi. Ya no los veo. Mis compañeros me alcanzan.

Es una delicia trepar los cien últimos metros de esta arista. Hacia las seis de la tarde, estamos en la cumbre del Eiger. El aire es fresco, pero tiene buen gusto, es aire de cumbre. Hasta donde la vista alcanza, el mar de nubes extiende sus olas de blanco algodón. Las altas cimas tienen aspecto imponente bajo su capa de nieve fresca; aisladas, como continentes eternos, emergen de la capa de niebla que envuelve la tierra.

Paul nos da una sorpresa. Ayer a la noche, en el vivac, ha escatimado un poco en la distribución de alimentos, no nos los ha dado todos; ahora vacía su mochila y reparte las últimas reservas: aún algunos bombones, algunos trozos de azúcar.

"Había guardado esto, por si hubiese hecho falta vivaquear todavía una vez", dice con alegre gesto.

Pero la lucha ha terminado. Nos miramos con cierta emoción; durante estos tres días ninguno ha desfallecido y el buen humor no ha cesado de reinar; seguimos siendo un alegre equipo. ¿Por qué tras una ascensión tan dura somos tan felices? Durante tres días no hemos encontrado sino dificultades, frío y tempestad, todas las cosas que el hombre repugna. No eran sólo desplomes aéreos, o diedros acrobáticos; ¿éstos por sí solos nos hubiesen causado semejante alegría? Creo que no, y ahora, me parece comprobar la pobreza de un Eiger conseguido con buen tiempo. No hemos hecho ninguna locura, ninguna imprudencia, estábamos preparados para vencer. A través de esta ascensión, de esta nieve, de esta tempestad, acabamos de descubrir en el fondo de nuestras entrañas y de nuestro corazón, una gran plenitud; una vida desbordante en familia con los elementos, un sentido de la camaradería, un gusto de cosas, que cuando se han probado, resultan insustituibles.

Todavía un momento, contemplamos este mundo aparte, que es la alta montaña. Toda fatiga se ha borrado. Allí abajo, como una gata acariciada, el mar de nubes curva la espalda bajo la mano del viento.

Pero ya es tarde. Hay que pensar en abandonar la cumbre. No nos quedan sino tres horas para alcanzar la estación Eigergletcher antes de la noche. Corriendo, descendemos la vía normal; como esta mañana, como ayer, como anteayer la vida hierve en nosotros.

¡La vida, este flujo de la existencia!

FIN

(Traducido del original "Etoiles et Tempêtes", de Gastón Rebuffat, por Julio Llanos, del Club Deportivo de Eibar.)